

# EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

MANUEL PÉREZ DE JESÚS\*

## I

EL estudio de la interacción entre el individuo y la sociedad, o la "personalidad en la cultura", surge como área de investigación científica formal predominantemente como resultado del encuentro entre la psiquiatría psicoanalítica y la antropología social.\*\*

Debe reconocerse, sin embargo, que el interés intelectual por la naturaleza humana y su relación con la sociedad es tan antiguo como la filosofía misma. Desde la Grecia clásica innumerables pensadores, con diversísimas orientaciones y preocupaciones intelectuales, han ofrecido sus respectivos puntos de vista en torno a este importante problema psicológico-social. Filósofos, teólogos, poetas, dramaturgos, pensadores políticos, economistas han aportado especulaciones y disquisiciones interesantísimas sobre el fenómeno. Muy probablemente, muchas de estas ideas "pre-científicas" han contribuido innumerables hipótesis a los estudiosos modernos del problema.

Pero el estudio del individuo en sociedad se formaliza como área de investigación científica sólo después de haber madurado como disciplinas formales la antropología social y la psiquiatría psicoanalítica.

---

\* Profesor de Ciencias Sociales en la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico.

\*\* Es necesario aclarar que la sociología también ha hecho significativas contribuciones al estudio del individuo en sociedad. De hecho, esta preocupación psicológico-social se ha manifestado con particular intensidad en la sociología norteamericana. Charles Cooley, Albion Small, John Herbert Mead y John Dewey, entre otros, han bregado intensamente con este problema. De estos teóricos sociales el que más impacto ha tenido en esta área de estudio ha sido John Herbert Mead, psicólogo social y filósofo, cuya obra *Espiritu, Persona y Sociedad* ha influido significativamente a generaciones de psicólogos sociales y sociólogos. Limitaciones de espacio no nos han permitido hacerle "justicia" a esta tradición psicológico-social.

Hasta hace poco, los antropólogos sociales se dedicaron a estudiar innumerables comunidades "primitivas" contemporáneas, descubriendo mediante sus investigaciones el profundo impacto que ejerce la vida social y la cultura sobre la personalidad individual. Culturas diferentes, concluyeron estos científicos, tienden a formas individuos diferentes, con valores, actitudes, complejos emocionales, pautas de conducta, creencias y motivaciones diferentes.

La antropología social, por lo tanto, desde su comienzo conceptualizó la naturaleza del hombre como algo dócil, variable, cambiante. Lo que un individuo dado es, como ser humano, depende en gran medida de la naturaleza de su sociedad y cultura.

Por otro lado, la psiquiatría psicoanalítica surgió como un movimiento o disciplina estrictamente psicológico. Los psicoanalistas buscaban maneras de curar, o por lo menos entender, las diversas manifestaciones nerviosas que experimentaban muchos individuos europeos. Desde el comienzo se interesaron por los complejos emocionales y por las experiencias personales de sus pacientes. Les interesó la sociedad sólo en la medida en que ésta o alguno de sus aspectos pareciera estar íntimamente relacionada a las manifestaciones patógenas de estas personas nerviosas. Los primeros psiquiatras psicoanalistas nunca estudiaron la sociedad como tal.

La antropología social rara vez se interesó por el individuo. El interés predominante del antropólogo (y, con algunas excepciones, también del sociólogo) lo fue la naturaleza de las instituciones sociales y de la cultura. Se estudió más que nada la organización social y su contenido: las ceremonias, los sistemas familiares, las costumbres, los tabús sociales, las creencias y ritos religiosos, la artesanía y las expresiones artísticas, algunos aspectos de la organización económica, los sistemas de autoridad y de prestigio—al individuo se le vio principalmente como parte de un plan u orden mayor, no como una entidad en sí misma.

Sin embargo, paulatinamente los investigadores antropológicos comenzaron a preocuparse por la posible aportación de la personalidad a la génesis, organización y dinámica de la sociedad. Muchas instituciones sociales, por ejemplo, comenzaron a ser vistas como instrumentos creados por los individuos con miras a satisfacer algunas de sus necesidades biológicas y psicológicas. Algunos de estos científicos se preocuparon por la conducta socialmente anormal. Este fenómeno les orientó hacia el estudio de ciertos rasgos de la personalidad individual.

Los psicoanalistas, mientras tanto, comenzaron a percibir el impacto de la sociedad y sus valores, especialmente los valores morales, en la formación de la personalidad. Freud, el creador pionero del

psicoanálisis, se dio cuenta de que la sociedad y el individuo no son fácilmente separables. La influencia de la sociedad logra penetrar y afectar los niveles más profundos e inaccesibles del alma humana. Reconoció que es necesario estudiar los procesos e instituciones sociales para entender a cabalidad la naturaleza psicológica del hombre.

Sin embargo, a pesar de este interés mutuo por el individuo y la sociedad, los antropólogos y los psicoanalistas no coincidieron en sus respectivas interpretaciones sobre la relación psicológico-social.

Los que han participado de la tradición antropológica (y sociológica) han puesto marcado énfasis en el impacto moldeador de las fuerzas sociales en el desarrollo y formación de la organización psicológica. Los psicoanalistas conceden mucho mayor peso a factores individuales, especialmente a los de origen biológico.

Algunos antropólogos y sociólogos tienden a conceptualizar la personalidad como una configuración o síntesis de hábitos adquiridos como consecuencia de la interacción social. La vida en sociedad es el factor complejo determinante de los rasgos psicológicos y de la conducta individual.

Para los psicoanalistas el ser humano es primero que nada un organismo biológico, con unas fuertes necesidades e impulsos que determinan su naturaleza psicológica fundamental. El basamento primordial de la personalidad es un conjunto de fuertes impulsos innatos que determinan la orientación de la conducta humana en la gran mayoría de las situaciones. De estos impulsos, o instintos, se destacan el hambre, el sexo y la agresión.

Obviamente, tenemos en estas dos orientaciones teóricas dos puntos de vista bastante contradictorios sobre el individuo en sociedad. Sin embargo, no podemos perder de vista el hecho de que se dan algunos puntos de coincidencia entre ambas. Los psicoanalistas han concedido cierta importancia teórica a la influencia de la vida social sobre los individuos. De hecho, para estos investigadores y terapeutas se hace casi imposible entender la patogenia psicológica sin estudiar a fondo el impacto de la interacción social dentro de la familia en el desarrollo de la personalidad y en la formación del carácter.

Pero teóricamente los psicoanalistas han contrapuesto el individuo a la sociedad. Las normas de origen social constituyen una fuerza claramente hostil a los "intereses" fundamentales y permanentes del ser humano como entidad biológica y psicológica. Si se entiende por libertad la manifestación irregulada de los impulsos naturales del hombre, la sociedad es enemiga de la libertad. La libre expresión impulsiva es tabú. Dentro del orden social a los individuos nunca les es

permitido satisfacer a plenitud sus fuertes deseos de origen biológico, especialmente los de naturaleza sexual y agresiva.

Por otro lado, muchos antropólogos y sociólogos admiten que las necesidades orgánicas de los individuos tienen algo que ver con la formación de la personalidad y con la génesis y naturaleza de la sociedad. Las diversas comunidades sociales son vistas por muchos de estos pensadores como organizaciones creadas por los hombres en su largo y penoso esfuerzo por resolver lo más satisfactoriamente posible los problemas existenciales derivados en gran medida de sus necesidades biológicas y psicológicas.

Sin embargo, la sociedad no es conceptualizada como necesariamente antagónica al individuo. Al contrario, la formación de grupos y comunidades tiene que haber aumentado la capacidad de supervivencia del *homo sapiens*. Se hace difícil, dirían ellos, concebir que el hombre haya podido sobrevivir fuera de alguna organización grupal. Sus necesidades fundamentales no pueden ser satisfechas si no pertenece a algún tipo de colectividad. Sin interacción social sus potencialidades nunca hubieran sido desarrolladas. La sociedad no puede destruir la libertad—la libertad y el bienestar individual dependen del grado de desarrollo social.

## II

Freud, al formular su teoría psicológica, aceptó casi en su totalidad el punto de vista evolucionista, aunque no compartió con este movimiento cierto optimismo general que le acompañó. Varios pensadores evolucionistas del siglo XIX asumieron que tanto el hombre como la sociedad se encaminaban hacia niveles de existencia cada día mejores. La evolución orgánico-social y el progreso fueron considerados como sinónimos. Freud condicionó severamente esta "ola de optimismo".<sup>1</sup>

En primer lugar, Freud apuntó que el hombre en sociedad inevitablemente experimenta severos conflictos psicológicos. El llamado progreso social no reduce la severidad de éstos. Al contrario, muchos "adelantos" de la civilización incrementan la angustia existencial del hombre.

A través de su larga historia y evolución los individuos han luchado por ajustarse a un medio ambiente donde frecuentemente escasean crónicamente las cosas y medios indispensables para la super-

<sup>1</sup> Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura, Obras Completas*, Vol. XIX, Santiago Rueda, editor, Buenos Aires, 1955.

vivencia biológica y la confortabilidad psicológica. En su esfuerzo por sobrevivir los hombres han tenido que enfrentarse y luchar contra las inclemencias del clima y del tiempo, las limitaciones de la tierra, los microorganismos y demás especies orgánicas. También han tenido que luchar entre sí.

Con relación al origen de la sociedad, los psicoanalistas aceptaron implícitamente la teoría "hobbesiana" del contrato social. La incorporación del individuo a la vida social es un acto de defensa propia. La alternativa hubiera inevitablemente sido una lucha de todos contra todos. En sus esfuerzos por eliminar o atenuar las desagradables y peligrosas consecuencias de la lucha interindividual, los hombres fueron creando sistemas de normas o acuerdos colectivos que regularan sus acciones conflictivas.

El miedo a la muerte, el esfuerzo por evadir la extinción total, llevó a los hombres a adoptar un sistema de represión impulsiva. Para Freud, la esencia del orden social es de naturaleza coercitiva. La sociedad es la antítesis de la libertad, aun cuando se admite que es la clave de la supervivencia. Cada generación le ha inculcado a las siguientes este sistema represivo y prohibitivo. Lo primero que tiene que aprender el hombre es a controlar sus impulsos innatos. La sociedad define la libre manifestación de éstos como antisocial. Los miembros "socializados" del grupo, los adultos, usan la violencia, o la amenaza de violencia, como medio disciplinario y "civilizador". Para convertirse en un miembro aceptable de la comunidad, el individuo tiene que aprender a controlar sus instintos, y a conformarse con el "residuo" de placer que le permite disfrutar el orden social.

Primero la supervivencia, luego, si se puede, el placer impulsivo.

Pero la naturaleza impulsiva del hombre resiste siempre esta presión externa de la sociedad. El proceso orgánico está constantemente generando necesidades que se manifiestan en forma de impulsos. Estos tienen que ser satisfechos para que se establezca un equilibrio biológico-psicológico. Sin embargo, frente a la presión social el individuo se ve obligado a inhibir sus impulsos. Tiene que controlarlos, reprimirlos, distorsionarlos. Pero los impulsos, al no ser satisfechos no se disuelven; continúan presionando al individuo, creándole fuertes y desagradables tensiones internas. La consecuencia es una permanente e inevitable infelicidad. El precio que paga el hombre por la supervivencia es el malestar existencial.

Para los psicoanalistas, los más altos logros del espíritu humano han estado motivados por el esfuerzo del hombre en reducir la ansiedad causada por el entorpecimiento social de la libre manifestación impulsiva.

De los fuertes impulsos controlados por la sociedad se destacan el sexo y la agresividad. Los deseos sexuales y la agresividad son los impulsos instintivos más controversiales para el orden social. En el pasado evolutivo del hombre, el sexo y la agresividad supuestamente fueron indispensables para la supervivencia. Sin sexo no se da la procreación, y sin ésta no puede sobrevivir la especie humana. El sexo es uno de los mecanismos biológicos de mayor importancia para cualquier especie de organismos. El sexo engendra la vida, garantiza su continuidad.

Igualmente, en un ambiente tan crudo y peligroso como el que supuestamente ha tenido que enfrentar el hombre a través de su evolución histórica, la agresividad pudo haber contribuido significativamente a su supervivencia. Sin un alto grado de agresividad, el hombre hubiera tenido pocas probabilidades de sobrevivir. Se necesitó agresividad para dominar gradualmente el medio ambiente físico y orgánico.

Sin embargo, son el sexo y la agresividad; es la naturaleza automática e impulsiva de estas urgencias, lo que constituye el mayor obstáculo a la armonización interindividual y la felicidad. Es éste uno de los problemas irresolubles para el hombre. Lo que facilita la supervivencia en una etapa de la evolución, se convierte en un obstáculo al ajuste y a la supervivencia en una etapa histórica posterior.

Freud, quien no vivió para presenciar la primera explosión nuclear, asumió una posición muy negativa respecto a las posibilidades de supervivencia futura de la especie humana. El hombre lleva en lo más íntimo de su ser la "semilla de su propia destrucción". La agresividad y sus derivados, incrementados éstos por la frustración sexual: la crueldad, el sadismo, el impulso a destruir, la violencia, el deseo de dominio o poder, constituyen serios obstáculos a la paz y la supervivencia.

La civilización y sus productos, los cuales supuestamente están íntimamente relacionados a la energía impulsiva inhibida, pueden ser puestos al servicio de estos mismos impulsos. Frecuentemente las creaciones culturales se tornan en violentas fuerzas destructivas. Son muchas las atrocidades que se han cometido en nombre de ideologías, creencias religiosas y diversos conceptos de "justicia". Según el punto de vista psicoanalista, innumerables innovaciones culturales originalmente creadas con miras a resolver algunos problemas humanos se convierten frecuentemente en sus propias antítesis.

Freud y los psicoanalistas critican en sus escritos muchos rasgos de la cultura occidental. Sin embargo, ellos suponen que la alternativa a la vida civilizada es el retorno a un estado de salvajismo insoporrible y peligroso. Aunque para ellos la sociedad se manifiesta como

una organización severamente represiva, ésta cumple la indispensable función de garantizar la paz entre los individuos y de instrumentar una distribución 'razonable' de los elementos placenteros disponibles y tolerables.

La sociedad supuestamente tiende a evitar el acaparamiento exagerado de los bienes económicos, o el monopolio de los objetos sexuales. Por ejemplo, el sexo es regulado mediante la institución del matrimonio, el cual no solo es un mecanismo para controlar la actividad sexual y garantizar la procreación necesaria para la prolongación de la especie, sino que también facilita un acceso limitado a los "escasos" objetos sexuales disponibles a la mayoría de los miembros adultos de la sociedad. La monogamia, una institución sexual bastante generalizada, aunque frecuentemente violada, tiende a evitar el acaparamiento sexual. Una mujer para cada hombre, o viceversa. Esto se ajusta bastante bien a los respectivos porcentajes de hombres y mujeres procreados en cada sociedad.

La sociedad, como entidad reguladora, tiende también a hacerle "justicia" en otros aspectos a cada uno de sus miembros. Según Freud, la meta final de la organización social respecto a la justicia es la de garantizar a cada individuo una porción similar de "placeres y pesares".

Además, algunas actividades sociales institucionalizadas facilitan el despliegue de parte de la energía impulsiva inhibida. Actividades como la música, la pintura, la literatura, el baile, la religión, los deportes, la política, la búsqueda de prestigio, la labor intelectual, y mas que nada, el "trabajo", facilitan el desgaste de la energía de los impulsos prohibidos.

De hecho, lo que hace posible la creación y perpetuación de la mayoría de las instituciones sociales es la reserva de energía impulsiva que los individuos no pueden libremente usar en actos sexuales o directamente agresivos. Una de las razones por las cuales ciertas actividades sociales son placenteras se debe a que reducen su angustia que supuestamente causa la presencia en el "inconsciente" de impulsos reprimidos. A mayor represión impulsiva mayor angustia; a mayor "sublimación" menor angustia.

Sin embargo, los individuos buscan placeres "secundarios" sólo cuando les está verdado buscar placeres "primarios". La sociedad, por lo tanto, se ve obligada a enseñarle, frecuentemente con violencia, que la libre búsqueda de placeres naturales está prohibida. Los individuos por su parte nunca aceptan del todo las restricciones a los instintos que impone el orden social. Su naturaleza biológico-psicológica se opone fundamentalmente a esto. Si la mayor parte de las veces

aceptan las restricciones impuestas por el orden social se debe a que han tenido que aprender a reconocer las terribles consecuencias que conllevaría su violación. Si se rebelaran individualmente serían severamente castigados por la sociedad. Y si lo hicieran colectivamente destruirían una organización que, a pesar de sus grandes defectos, por lo menos garantiza la supervivencia, y le permite disfrutar de una pequeña dosis de satisfacción instintiva primaria.

Sin embargo, en cada individuo socializado "vive" latentemente un rebelde antisocial. El equilibrio entre el orden y el desorden es de carácter precario. La vida social implica un equilibrio de fuerzas potencialmente explosivas. Tras la paz y la tranquilidad se esconde la violencia. Dentro del hombre más pacífico yace latente la fiera más despiadada. La sociedad y el individuo son inevitablemente y permanentemente de naturaleza dialéctica.

En la conceptualización psicoanalítica de la personalidad se perciben con bastante claridad los supuestos fundamentales sobre la interacción que se da entre el individuo y la sociedad. Dos de los tres componentes del sistema de personalidad son determinados por el impacto que ejercen los factores sociales externos al individuo. Sin embargo, estos dos subsistemas no son los de mayor importancia. Son más bien elementos un poco ajenos a los procesos psicológicos esenciales del individuo. Para los psicoanalistas, lo esencial es lo que trae el hombre al nacer, los rasgos y tendencias de carácter innato. El Yo y el Superyó son productos de la interacción social. Deben su origen a las fuerzas restrictivas y reguladoras de la realidad social externa. El Ello, por otro lado, representa la manifestación y organización de los fuertes impulsos de derivación biológica.<sup>2</sup>

Psicológicamente, internamente, los conflictos que inevitablemente experimenta el hombre son el resultado de las tendencias opuestas que manifiestan entre sí los componentes de la personalidad. El antagonismo se da con mayor intensidad entre el Ello y el Superyó.

El Ello es la parte más primitiva de la organización psicológica. Su naturaleza está profundamente ligada a las fuerzas que rigen la vida orgánica y lo inorgánico en el universo. El hombre nace con su Ello, mientras que las restantes partes de la personalidad son adquiridas durante su desarrollo posterior. La función principal del Ello consiste en procurar la satisfacción inmediata a las necesidades e instintos de origen orgánico. Este se guía por el "principio del placer", y debido a que es inconsciente no tiene contacto directo con la "realidad ex-

<sup>2</sup> Freud, Sigmund, *El Yo y el Ello, Obras Completas*, Vol. I, pp. 1,213-1,214, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

terna", desconociendo totalmente las normas que regulan y restringen la manifestación de los impulsos.

Supuestamente, el individuo es todo Ello al nacer. Al párvulo lo único que le importa es la búsqueda de placer (y la eliminación del dolor y la incomfortabilidad) en el mundo que le rodea. Durante la infancia y la niñez el placer se obtiene mediante el uso intenso de ciertos mecanismos psicológicos disponibles. El individuo activamente busca y consigue placer mediante actividades y estimulaciones "orales, anales y fálicas". Durante los primeros años de vida estas actividades hedonistas son la "esencia de la vida". A esto es lo que los psicoanalistas llaman "sexualidad infantil".<sup>3</sup>

Todas las áreas del cuerpo del niño son áreas placenteras potenciales. Sin embargo, ciertas áreas son más sensitivas a la estimulación que otras. Estas últimas son las llamadas "área erógenas". El individuo, especialmente durante la niñez, tiende a buscar la estimulación de estas áreas como medio para disfrutar del placer que instintivamente desea.

Pero la sociedad, y la familia es una parte íntegra de ésta, lleva a cabo un intenso proceso de restricción y educación que usualmente reduce significativamente esta búsqueda desenfadada de placeres. El individuo inmediatamente comienza a percibir esta fuerte limitación a su libertad de acción. Lucha contra esta "opresión", aunque eventualmente sucumbe ante las superiores fuerzas socializadoras. Comienza a inhibir parte de su conducta; a controlar los impulsos prohibidos, a asimilar las demandas y admoniciones sociales.

Este es sólo el comienzo de la socialización. Las demandas "externas" gradualmente se hacen "internas". Las prohibiciones son interiorizadas por el individuo en desarrollo. El control social se hace parte íntegra de la personalidad. Es mediante este proceso que supuestamente se origina la conciencia moral. El origen del Superyó es externo; se deriva de la interiorización de las demandas y restricciones impuestas por la familia como agente cultural de la sociedad.

La esencia del Superyó consiste en la "cristalización" u organización psíquica de las normas y tabús que regulan el sexo, la agresión, la "propiedad ajena", etc. Genéticamente, el Superyó está viculado al llamado "complejo de Edipo".<sup>4</sup> El Superyó se forma del yo infantil en el esfuerzo del individuo por resolver el dilema edipal. En la "solución" de esta crisis emocional están envueltas la identificación del niño

<sup>3</sup> Freud, Sigmund, *Una teoría sexual, Obras Completas*, Vol. I, pp. 797-813, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

<sup>4</sup> Freud, Sigmund, *El final del complejo de Edipo, Obras Completas*, Vol. II, pp. 409-412, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

con el padre del mismo sexo, la inhibición y represión de fuertes deseos sexuales que siente hacia el padre del sexo opuesto, y la represión de impulsos agresivos y sentimientos de rivalidad originalmente dirigidos hacia el padre del mismo sexo.

El individuo nace sin conciencia moral; sin saber distinguir entre lo "bueno" y lo "malo". Son la familia y la comunidad inmediata las organizaciones que le inculcan los principios morales por los que ha de guiar su conducta. La sociedad castiga, a veces muy severamente cualquier desviación de estas normas morales, y recompensa el cumplimiento de éstas. La socialización, o la educación moral, es inevitable para todo individuo que nace en sociedad. Pero dada la supuesta naturaleza innata del hombre, este proceso de socialización conlleva innumerables crisis o traumas desagradables. Supuestamente, son muchos los individuos que apenas pueden "hacer el grado". Cada faceta de desarrollo psicológico-social conlleva para la persona el confrontamiento con un dilema "existencial". El de mayor consecuencia caracterológica es el dilema edipal.

En cierto sentido, el complejo de Edipo es un "callejón sin salida". Para Freud, la crisis edipal es la causante de todas las neurosis. Aun las llamadas personas normales llevan en sus personalidades "heridas" psíquicas causadas por el intenso trauma edipal. Como consecuencia, todos los individuos manifiestan tendencias neuróticas.

La sexualidad y agresividad infantil, y los problemas que éstas engendran, constituyen los aspectos más problemáticos en la vida del individuo. Debido a la naturaleza de la interacción emocional y social que se da entre el niño y sus padres, éste no puede evitar experimentar una difícil y angustiada crisis personal, fenómeno que puede pasar desapercibido por los demás miembros de su familia.

La identificación final con los padres, más la energía de los sentimientos eróticos y agresivos reprimidos, pasan a formar el basamento nuclear del Superyó. En otras palabras, el Superyó es el equivalente psicológico de los padres como figuras de amor y castigo; la imagen paternal interiorizada en la personalidad del individuo. Esta imagen introyectada no es una imagen uniforme e integrada. Los padres representan castigo, regaños, admoniciones y hasta violencia; igualmente representan poder, cariño y recompensas. Esta dualidad resulta en un Superyó dividido. La parte que se deriva del castigo, la prohibición, la admonición es responsable de los sentimientos de culpa, remordimiento y ansiedad moral que experimenta la persona cuando viola en su conducta, o en su imaginación, los tabús morales, especialmente aquellos relacionados a la conducta sexual y agresiva. El segundo aspecto del Superyó refleja los padres como figuras buenas y capaces de todo. Este

es el yo ideal; la parte que recompensa al individuo cuando éste manifiesta conducta moralmente aceptada.

El Superyó es de naturaleza inconsciente; se manifiesta mediante reacciones negativas (remordimiento y angustia) y positivas (paz interior) que parecen ser inherentes a la naturaleza innata de la persona.

Los padres, los miembros principales de la familia, no viven socialmente aislados; son miembros de una comunidad mayor, y están al tanto de las demandas de ésta. Saben lo que está permitido y lo prohibido, lo deseable y lo reprochable. En otras palabras, los padres son agentes de la sociedad y como tales transmiten a sus hijos los valores, las expectativas, sentimientos, normas morales y tabús predominantes en la comunidad. En términos generales los padres tratan de producir personalidades que sean útiles a la sociedad.

El orden moral que así se perpetúa no depende meramente del grado de conciencia que tengan los padres de las demandas ideológicas de la sociedad. Mas que nada depende de los Superyós de los padres. Los padres también han pasado por la crisis edipal; también fueron socializados. Por lo tanto, en su papel de padres hacen emocionalmente, inconscientemente, y muy frecuentemente irracionalmente, lo que sus propios padres hicieron con ellos. No pueden evitar reaccionar frente a la conducta de sus hijos, especialmente en asuntos tan controversiales como los deseos y actos sexuales y la agresividad, de una manera altamente emocional e incontrolada.

Lo más profundo de la cultura, lo moralmente esencial—las regulaciones sexuales, las normas que controlan la agresión, la violencia, el robo, el asesinato, la homosexualidad, el ultraje, el incesto—todas estas normas están profundamente arraigadas en las personalidades de la mayoría de los miembros adultos de la sociedad. Los individuos reaccionan violentamente frente a violaciones o desviaciones de estas normas. Estas reacciones de control social, el hecho de que son casi siempre automáticas, tan automáticas que parecen innatas e instintivas, garantizan en gran medida el orden moral y social de la comunidad. Son esas reacciones de naturaleza emocional e inconsciente la "esencia" de la moral social.

Esta moralidad, generada así y transmitida así, es una formidable fuerza conservadora. No cede con facilidad ante los cambios económicos y políticos, por más radicales y violentos que éstos sean.

Unas palabras sobre el Yo. Es esta la única faceta de la personalidad que manifiesta cierto grado de racionalidad. Supuestamente el Yo se deriva del Ello; es una parte de éste que ha sido gradualmente modificada como resultado del "choque" con la realidad externa. Si el individuo ignorara las demandas del mundo externo y tratara de

satisfacer sus impulsos a medida que son generados, pondría en peligro su vida y libertad.

Es la capacidad de aprendizaje, de ajuste, inhibición, control y represión lo que permite que el individuo se forme un sentido de realidad. El Yo va evolucionando como un aparato calculador y racional que trata de comprender el funcionamiento de la realidad externa, y que trata de utilizar este conocimiento para dominar la realidad con el propósito de lograr el máximo de gratificación instintiva para el organismo.

El Yo también es conceptualizado como un "campo de batalla psíquico"; el "lugar" donde se da el choque entre el Ello y el Superyó. Consecuentemente, la situación del Yo puede ser una llena de dificultades. Algunas veces el Yo se torna "irracional" como medida para copar con las presiones que se derivan del conflicto entre el Ello y el Superyó. A estas dificultades internas se suman las que plantea la realidad externa. El Yo constantemente trata de mantener cierto equilibrio entre las fuerzas conflictivas internas, y entre éstas y las presiones y tensiones que provienen de afuera. Algunas veces, sin embargo, las presiones y tensiones son tan fuertes que éste pierde control sobre la personalidad. Se torna parcialmente irracional y pone en vigor un grupo de mecanismos de ajuste (racionalización, proyección, introyección, desplazamiento, formación reactiva, represión). En situaciones verdaderamente críticas, el Yo puede optar por el suicidio o sufrir un ataque de psicosis.

Esta realidad psíquica de conflicto, tensión y angustia subyace la conducta del hombre en su relación con los demás.

### III

La diferencia entre el punto de vista psicoanalítico y el de la antropología social, o "sociologista", se nota dramáticamente cuando comparamos los conceptos *instinto* y *potencialidad*. Mientras los psicoanalistas hablan de la primacía de los instintos en la determinación de la organización psicológica, los pensadores sociologistas suponen que a pesar del hombre participar de un número de necesidades orgánicas, su conducta latente y manifiesta es sumamente variable. La conducta y tendencias psicológicas son principalmente generadas por factores de carácter sociocultural. La "naturaleza humana" es altamente maleable o dócil. Partiendo de esta orientación, estos pensadores consideran mucho más apropiado hablar de "potencialidades humanas" que de instintos biológicos. El concepto de potencialidad conlleva la implicación de que el ser humano puede ser innumerables cosas si se

dan las condiciones necesarias para ello. El hombre puede ser bueno, trabajador, pacífico, religioso, curioso, sexual, agresivo, sadista, inconsistente, egoísta, etc. Su carácter no está determinado por rasgos o factores heredados biológicamente sino más bien por influencias positivas y negativas del medio ambiente socio-cultural.

Históricamente, esta polarización teórica sobre la naturaleza humana y la sociedad se manifestó mucho antes de los "descubrimientos" psicoanalíticos y de las observaciones y conceptualizaciones de la antropología y sociología modernas. Pensadores tan remotos e importantes como Platón, Aristóteles, Locke, John S. Mill, Roberto Owen, Carlos Marx, Ivan Pavlov, Charles Cooley, William James, al igual que teóricos no tan "antiguos" como John Herbert Mead, John Dewey, Edward L. Thondike, Ruth Benedict, Ralph Linton, Ortega y Gasset, y Margaret Mead, en una forma u otra han formulado teorías que favorecen la conceptualización sociologista del individuo y la sociedad.

Todos estos destacados pensadores sociales recalcan la docilidad del hombre; la capacidad de éste para adoptar, y ajustarse a, el modo de vida impuesto por la sociedad. Algunos, como en el caso de Marx y Ortega y Gasset, relacionan el carácter psicológico del hombre a factores históricos.<sup>5, 6</sup>

Igualmente, además de la influencia de la antropología social, estudios experimentales llevados a cabo por psicólogos pavlovianos y behavioristas respaldan esta orientación.<sup>7</sup> Pero el impacto mayor lo ha tenido la antropología social. Los antropólogos se han dedicado casi exclusivamente al estudio de sociedades ágrafas que han tenido poco o ningún contacto cultural con las sociedades occidentales. En sus estudios estos investigadores alegan haber documentado cuán variada es la vida social y los rasgos psicológicos en este planeta. Para la gran mayoría de estos científicos, no cabe la menor duda de que el hombre posee como parte muy importante de su "naturaleza" innata una clara potencialidad o capacidad de ajuste. Algunos sostienen que es arriesgado hablar de un "hombre universal", ya que se pueden dar tantos "hombres", o tantas organizaciones psicológicas, como medio ambientes culturales existan.

Hay que advertir, desde luego, que Freud y los psicoanalistas no se encuentran solos en su peculiar interpretación del hombre y la sociedad. Pensadores de la talla intelectual de Machiavelli, Thomas

<sup>5</sup> Fromm, Erich, *Marx's Concept of Man*, F. Ungar Publishing Co., New York, 1961.

<sup>6</sup> Ortega y Gasset, José, "La rebelión de las masas", *Revista de Occidente*, Madrid, 1952.

<sup>7</sup> Skinner, B. F. *Science and Human Behavior*, The Macmillan Company, New York, 1953.

Hobbes, Nietzsche, Wilfredo Pareto y William MacDougal, entre otros, sustentan posiciones teóricas similares.

Los que se oponen a la teoría psicoanalítica conceden que el hombre tiene unas necesidades que satisfacer. Pero éstas no son cosas fijas o igualmente intensas en todos los individuos. Con la excepción de la necesidades de oxígeno y agua, las demás son altamente modificables. Aun en el caso del agua, se dan situaciones culturales en que como dice el refrán vulgar, "sólo se usa para bañarse". En el caso del hambre, se da el caso de que aunque todos los hombres tienen que comer para evitar la muerte, lo que comen, la cantidad que comen y el significado psicológico de la comida, dependen en gran medida de hábitos socialmente determinados. Los chinos han dependido más que nada del arroz, los hindúes no comen carne de vaca, los mexicanos prefieren el maíz, a los puertorriqueños les gusta el "arroz con habichuelas". Unos cuecen o asan la carne al comérsela, otros la prefieren cruda o podrida. Algunos grupos son "carnívoros", otros son vegetarianos. Para la gente de un pueblo la comida es ceremonialmente importante; para otros, el comer es pura rutina. En términos individualistas, a muchas personas les deleita el comer; otras, sencillamente comen por que no les queda otro remedio.

Lo mismo sucede, aunque más acentuadamente, con la llamada necesidad sexual. Hay individuos que "renuncian" al sexo, como ciertos sacerdotes y monjas; también los "solterones y solteras". Otros "cumplen con la obligación" por que no encuentran otra salida digna y socialmente aceptable. La antropóloga Margaret Mead alega haber descubierto una tribu en el Asia donde la comunidad tiene que ejercer fuerte presión para que los hombres decidan casarse.<sup>8</sup> En otro de sus famosos estudios observó cómo el temperamento sexual, la masculinidad y feminidad (desde el punto de vista occidental), es altamente modificable.<sup>9</sup> Se dan instancias en que la mujer manifiesta un grado mayor de "masculinidad" que el hombre, como en la tribu Kohambuli. En esta tribu la mujer hace todo el trabajo fuerte mientras que el hombre se dedica principalmente a actividades de carácter sedentario. Aun en la selección de compañero sexual, la mujer aparenta llevar la iniciativa. Lo importante de todos estos ejemplos es que "documentan" la supuesta maleabilidad de la naturaleza humana.

Es partiendo de estos estudios y observaciones que los sociólogos modernos se han opuesto vigorosamente al uso que le han dado los psicoanalistas al concepto de instinto o impulso instintivo. Los

<sup>8</sup> Mead, Margaret, *Sex and Temperament*, William Morrow & Co., New York, 1928. (Hay traducción castellana: *Sexo y temperamento*, Buenos Aires, 1947).

<sup>9</sup> *Ibid.*

llamados instintos, tal como se manifiestan en organismos infra-humanos, son pautas de conducta *genéticamente determinadas*; complejos de respuestas a estímulos ambientales que no tienen que ser aprendidos. Estos instintos son muy poco modificables por las presiones del medio ambiente externo. En otras palabras, los organismos que nacen con instintos reaccionan automáticamente a los estímulos ambientales. Por razones sumamente complejas y no del todo clarificadas por la ciencia, se da una casi perfecta correlación o coordinación entre los estímulos ambientales y las respuestas de los organismos, coordinación que hace posible la supervivencia de su especie.

Un ejemplo extremo de conducta instintiva se da en los llamados insectos sociales; por ejemplo, las abejas y las hormigas. La conducta y organización social de estos insectos está determinada totalmente por factores innatos, transmitidos genéticamente. Las abejas, o las hormigas, no tienen que ser socializadas en sus roles y funciones sociales. No tienen que asistir a la escuela para aprender un oficio. Tampoco tienen conciencia de lo que hacen, y carecen en absoluto de control sobre su propia conducta.

La conducta del hombre no es determinada de esta manera. El hombre no nace con instintos. El hombre participa de un grupo de necesidades, pero su conducta no está directamente determinada por éstas. Sólo en casos extremos se da una correlación perfecta entre la intensidad de la necesidad y la búsqueda de la satisfacción de ésta. Debido a preferencias y valores profundamente arraigados en su personalidad, rasgos que han sido determinados por el medio ambiente socio-cultural, innumerables personas, en diferentes épocas, y situaciones, han preferido sufrir intensamente, y hasta morir, negando con este tipo de conducta la supuesta hegemonía de lo biológico en todo momento.

La influencia del grupo es la condición suficiente o causa eficiente que determina la conducta manifiesta y latente del hombre. La herencia biológica por sí sola no puede ser responsable de la gran variedad de tipos de conducta que han manifestado y manifiestan los miembros de las distintas sociedades.

Individuos que accidentalmente han sido privados de una adecuada interacción social no han podido desarrollar las destrezas emocionales e intelectuales mínimas que les permitirían sobrevivir.<sup>10</sup>

El hombre, como organismo biológico, carece de valores al nacer, desconoce el lenguaje de su sociedad, no participa de creencias religiosas, no posee destrezas intelectuales, manuales o emocionales. Todos

<sup>10</sup> Davis, Kingsley, *Human Society*, Second Edition, pp. 204-208, The Macmillan Co., New York, 1949.

estos importantes atributos son adquiridos mediante el aprendizaje social. El hombre llega a ser humano mediante la interacción con individuos socializados.

Este punto de vista no niega que *homo sapiens* sea una especie biológica. De hecho, la antropología, en cooperación con la biología comparada, ha estudiado con cuidado los rasgos biológicos del hombre. *Homo sapiens* forma parte íntegra del reino animal, y como tal está sometido a las leyes naturales que rigen la vida del mundo orgánico. Pero el hombre es algo más que animal.

Uno de los atributos que más ha separado al hombre de los demás animales es la potencialidad de lenguaje. Sin lenguaje no se puede dar la personalidad humana. El concepto que el hombre tiene de sí mismo, su identidad psicológica y existencial, es un concepto que depende más que nada de símbolos lingüísticos. Sin la capacidad de comunicación, el hombre no hubiera podido acumular sus experiencias sociales, y sin esta acumulación no se hubieran dado los desarrollos espirituales y materiales. Es precisamente el desarrollo de una compleja organización cultural lo que ha puesto al hombre en una dimensión mucho más complicada que la de los animales.

La capacidad lingüística permite que el hombre reflexione sobre sus experiencias pasadas. Partiendo de aciertos y errores puede avanzar hacia el futuro. La realidad se torna significativa gracias al medio lingüístico. El hombre puede meditar, filosofar, simbolizar, imaginar, planear, teorizar, prever todo esto por virtud de poseer el dominio de un lenguaje.

Según este punto de vista, el lenguaje puede resultar ser el mecanismo social de mayor consecuencia en la determinación de la complicada relación que se da entre el hombre y su medio ambiente. Pero el lenguaje no se desarrolla automáticamente. Sin un contexto social no se pueden dar los acuerdos lingüísticos necesarios para llevarse a cabo la organización e interacción social entre los individuos. El primer "contrato social" tiene que haber sido un contrato lingüístico. Los miembros potenciales de un grupo paulatinamente se van poniendo de acuerdo en cuanto a los significados que le han de dar a los sonidos vocales, señales y gestos que son capaces de producir.

Para muchos antropólogos y sociólogos, especialmente aquellos que han estudiado la lingüística, el espíritu de una sociedad está incrustado en su lenguaje. El orden socio-cultural participa de rasgos, entrelazamientos institucionales, concatenaciones simbólico-emocionales, apreciaciones estéticas que dan un espíritu distinto a la sociedad. El lenguaje adoptado por una comunidad de individuos es el principal mecanismo mediante el cual se preserva y transmite este 'espíritu' exis-

tencial. Según estos pensadores, no se puede abandonar el lenguaje de una sociedad sin renunciar a los sentidos y simbolizaciones de mayor significado para las personalidades de sus miembros.<sup>11</sup>

La cultura de una sociedad es un fenómeno de carácter histórico. La organización socio-cultural es el resultado de la acumulación de experiencias adquiridas por innumerables generaciones. Ha sido desarrollada, modificada y preservada por docenas de generaciones de individuos interactuando mutuamente y con el medio ambiente ecológico. Sus componentes incluyen costumbres y hábitos compartidos colectivamente, sistemas de valores-actitudes, creencias y supersticiones, pautas de socialización, complejos emocionales, sistemas económico-políticos, etc. El individuo, desde que nace, va paulatinamente incorporando en su incipiente sistema psíquico gran parte de esta herencia cultural. Estos atributos de la sociedad, al interactuar con las tendencias y potencialidades innatas, dan origen a la personalidad.

Algunos antropólogos, como la famosa Ruth Benedict, hablan de un "arco de potencialidades" humanas.<sup>12</sup> El número de estas potencialidades es mayor que el que una sociedad dada puede cultivar y enfatizar. El utilizar ciertas potencialidades usualmente conlleva el descuidar las demás. Según esta antropóloga, muchas de las potencialidades cultivadas en ciertas comunidades ágrafas fueron seleccionadas accidentalmente.

A la luz de esta posición teórica, algunos pensadores sociologistas aseveran que el ser humano estudiado por Freud y los psicoanalistas fue producto de una cultura y una época histórica que enfatizó la restricción sexual y que estimuló la agresividad individual. Pensadores como Max Weber<sup>13</sup> aseveran que la sociedad "victoriana" del siglo XIX y principios del XX fue resultado histórico de fuerzas de carácter ideológico (la Reforma Protestante) y subsecuentes transformaciones en el orden económico. El hombre pre-capitalista fue muy diferente al hombre que interiorizó la "ética protestante". El deseo de prosperar en la vida, el individualismo económico, el egoísmo, el control sexual, el ascetismo religioso—éstos y muchos otros rasgos característicos de la burguesía europea, no son rasgos que han predominado en otras épocas o en otras sociedades. Son más bien históricamente específicos, y como tales, pueden desaparecer en el futuro. David Riesman ya ha descrito la transformación de este individuo guiado por la "ética protestante"

<sup>11</sup> Sapir, Edward, *Culture, Language and Personality*, University of California Press, 1960.

<sup>12</sup> Benedict, Ruth, *Patterns of Culture*, Houghton Mifflin Co., New York, 1934.

<sup>13</sup> Weber, Max, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Charles Scribner's Sons, New York, 1958. (Traducida al inglés por Talcott Parsons).

(el "inner-directed") en un individuo totalmente diferente (el "other-directed").<sup>14</sup>

Las anomalías psicológicas no pueden ser buscadas en el supuesto conflicto que se da entre lo biológico y lo cultural. Algunos sugieren que deben buscarse en las incompatibilidades que se dan entre 'antiguos valores' y nuevas demandas generadas por los cambios económicos, demográficos y sociales. Pueden también ser causadas por las tensiones (strains) originadas en los desbalances que se dan entre los cambios materiales y los cambios culturales (cultural-lag).<sup>15</sup> Según algunos pensadores sociólogos, los individuos tienden a ser más conservadores en ciertas áreas de su conducta que en otras. Frecuentemente, especialmente durante épocas de cambios económicos-sociales rápidos, adoptan modos de actuar e ideologías en una esfera de actividad sin estar conscientes de que estas pautas y valores confligen con rasgos fundamentales de su carácter. De esta manera llegan a experimentar conflictos valorativos que pueden ser responsables de disturbios psicológicos.

Freud, aseveran algunos científicos sociales, no llegó a comprender la profunda relevancia psicológica de los descubrimientos de la antropología social. Esto, a pesar de haberse interesado por las observaciones e investigaciones de algunos antropólogos del siglo XIX, tales como las de Frazer,<sup>16</sup> y de haber escrito un libro (*Totem y Tabú*)<sup>17</sup> donde hace amplio uso de materiales étnicos. La "naturaleza humana" descubierta por Freud en sus experiencias clínicas es una de carácter muy limitado, históricamente específica, producto de los desbarajustes psíquicos causados por las transformaciones tecnológicas, económicas, demográficas y sociales de la revolución industrial.

Vemos aquí cómo estos pensadores rechazan la hipótesis que postula un conflicto inevitable entre lo biológico y lo cultural. Para éstos sería más razonable atribuir los disturbios emocionales a inconsistencias valorativas y ambientales que necesariamente acompañan las rápidas transformaciones de los sistemas socio-culturales. El choque entre lo viejo y lo "nuevo" puede crear conflictos que se reflejan en los sistemas de personalidad de los miembros de las sociedades cambiantes. Esta postura teórica por lo menos conlleva implícitamente la idea "optimista" de que en un futuro no muy lejano se puedan estabilizar un poco las sociedades y se puedan reducir las inconsistencias institucionales responsables de las tensiones y desajustes psicológicos.

<sup>14</sup> David Riesman, *La muchedumbre solitaria*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

<sup>15</sup> Ogburn, William F., *Social Change*, The Viking Press Inc., New York, 1927.

<sup>16</sup> Frazer, Sir James, *The Golden Bough*, Basic Books, Inc., New York, 1963.

## IV

Recientemente ha comenzado a cristalizarse en las ciencias sociales una tercera posición teórica que intenta reducir, o armonizar, las contradicciones que se dan entre la teoría psicoanalítica y los supuestos sociólogos. Los protagonistas de esta nueva orientación se han familiarizado tanto con la posición freudiana como con los descubrimientos y conceptualizaciones de los antropólogos y sociólogos. Este grupo de científicos sociales siguen un camino intermedio entre ambas posiciones. De hecho se trata de una modificación significativa de las dos posiciones teóricas anteriores. Científicos como Erick Fromm,<sup>17, 18, 19</sup> quien comenzó su carrera como psicólogo social y psicoanalista, se han interesado profundamente en los descubrimientos de la antropología y la sociología, especialmente los relacionados a fenómenos de carácter histórico. Igualmente, Margaret Mead, quien en el comienzo de su carrera como antropóloga social llevó a cabo investigaciones en Samoa<sup>20</sup> con el propósito de refutar o comprobar el supuesto impacto de los factores biológicos en la transición de la pubertad y adolescencia a la adultez, ha hecho frecuente uso de hipótesis psicoanalíticas en sus estudios más recientes. Es interesante observar que Mead fue discípula de Ruth Benedict, una de las defensoras 'radicales' del punto de vista culturalista.

Otros antropólogos y psiquiatras, entre ellos A. Kardiner,<sup>21</sup> Jules Henry,<sup>22</sup> George Devereux,<sup>23</sup> Irving Hallowell,<sup>24</sup> Karen Horney,<sup>25, 26</sup> Harry S. Sullivan,<sup>27</sup> Erick H. Erickson,<sup>28</sup> y Raph Linton,<sup>29</sup> han tratado

<sup>17</sup> Freud, Sigmund, *Totem y Tabú, Obras Completas*, Vol. II, pp. 419-508, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

<sup>18</sup> Fromm, Erich, *El Miedo a la Libertad*, Paidós, Buenos Aires.

<sup>19</sup> From, Erich, *Beyond the Chains of Illusion*, Pocket Books, Inc., New York, 1963.

<sup>20</sup> Mead, Margaret, *Coming of Age in Samoa*, William Morrow & Co., 1928. (Trad. en castellano: *Adolescencia y Cultura en Samoa*, Buenos Aires, 1946).

<sup>21</sup> Kardiner, Abraham, *The Concept of Basic Personality Structure as an Operational Tool in the Social Sciences*, in Douglas G. Haring, Ed., *Personal Character and Cultural Milieu*, Syracuse University Press, Syracuse, N.Y., 1956.

<sup>22</sup> Henry, Jules and Zunia, "Doll Play of Pilaga Indian Children," in *Personality in Nature, Society and Culture*, Kluckhohn, Murray and Schneier, Es. Alfred A. Knopf, New York, 1955.

<sup>23</sup> Devereux, George, *Cultural Factors in Psychoanalytic Therapy*, in Douglas G. Haring, Ed., *Personal Character and Cultural Milieu*, pp. 218-239.

<sup>24</sup> Hallowell, Irving, *The Social Function of Anxiety in Primitive Society*, in *Personal Character and Cultural Milieu*, pp. 389-403.

<sup>25</sup> Horney, Karen, *El nuevo psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

<sup>26</sup> Horney, Karen, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Paidós, Buenos Aires.

<sup>27</sup> Sullivan, H. Stack, *Conceptions of Modern Psychiatry*, Washington.

<sup>28</sup> Erick H. Erickson, *Childhood and Society*, W. W. Norton & Co., Inc., New York, 1950.

<sup>29</sup> Linton, Ralph, *Cultura y personalidad*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1945.

de integrar conceptualizaciones y hallazgos de la antropología social y la sociología.

Este movimiento en el estudio de la cultura y la personalidad ha obligado a muchos antropólogos a reexaminar su data, a profundizar sus observaciones, y a reinterpretar sus teorías sobre la relación que se da entre el individuo y la sociedad. Por otro lado, muchas premisas psicoanalíticas derivadas de observaciones clínicas de individuos "neuróticos" o "psicóticos" de la clase media y alta de sociedades occidentales han sido reinterpretadas, modificadas, y, en algunos casos, descartadas. Lo referente a los símbolos "universales" en los sueños, el complejo de "castración femenina", ciertas hipótesis sobre el complejo de Edipo, la supuesta universalidad de las etapas psicosexuales, las llamadas áreas erógenas, lo relacionado a los "instintos de agresión" todos estos fenómenos supuestamente universales desde el punto de vista psicoanalítico, han sido clasificados como limitados a áreas culturales específicas. Su universalidad ha sido seriamente cuestionada, aunque se admite que fenómenos parecidos tienden a manifestarse en casi todas las sociedades.

Los antropólogos, al mismo tiempo, han sido acusados de confundir la sencilla sociedad ágrafa, con sus limitaciones territoriales, demográficas y culturales, con la moderna sociedad industrializada, estratificada, y cambiante. Aunque se ha reconocido la importancia teórica de los estudios de las comunidades "primitivas", se ha demostrado lo limitado de algunas generalizaciones derivadas de estas investigaciones.

Se admite que los antropólogos han ayudado a aclarar, mediante estudios de diversas culturas, la naturaleza de las pautas de conducta, valores e ideologías occidentales. Pero no se puede decir lo mismo de los aspectos latentes de la conducta. Como ha observado Kluckhohn,<sup>30</sup> en su afán por documentar la variabilidad de la conducta humana, los antropólogos han descuidado, hasta el punto de pasar por alto, aquellas pautas de conducta y rasgos psicológicos que poseen un carácter universal o semi-universal. Ha sido precisamente el movimiento psicoanalítico, con sus abarcadoras generalizaciones, el que ha forzado una reconsideración del asunto. El estudio de los fenómenos inconscientes, de las pautas de conducta "latentes", ha permitido que se descubra tras la superficie unas tendencias que se manifiestan en una y otra sociedad.

La conducta manifiesta de los individuos está en gran medida condicionada y determinada por el contexto socio-cultural. Sin participación en la sociedad el individuo se quedaría en un nivel "subdesarro-

<sup>30</sup> *The Influence of Psychiatry in Anthropology in America During the Past One Hundred Years*, in *Personal Character and Cultural Milieu*, pp. 485-512.

llado", si es que hubiera podido sobrevivir. Pero subyaciendo la conducta manifiesta culturalmente determinada se dan ciertas tendencias psíquicas que no pueden ser explicadas exclusivamente en términos culturalistas. El hombre nace con ciertas necesidades, urgencias e impulsos los cuales ejercen un considerable grado de presión sobre la organización social. Cuando la presión de la cultura es demasiado intensa, el individuo tiende a experimentar distorsiones de carácter. Estas distorsiones, en cambio, tienden a afectar a largo plazo la naturaleza de la interacción y organización social. Kardiner,<sup>31</sup> por ejemplo, alega que algunas instituciones sociales importantes se originan como "proyecciones" de tendencias y necesidades psíquicas causados por las presiones de la sociedad. Mediante la participación en ciertas actividades, eventualmente institucionalizadas, los individuos tratan de "resolver" los complejos psicológicos generados por la cultura. La conducta religiosa es un ejemplo de este tipo de actividad.

Esta reevaluación de las contribuciones teóricas y empíricas del psicoanálisis y de la antropología ha fomentado cierta preocupación por la socialización infantil. Como resultado se ha postulado la hipótesis de que la personalidad del adulto, especialmente algunos rasgos nucleares del carácter, están relacionados a experiencias positivas, y traumáticas, de la niñez. La llamada "personalidad básica", compuesta de actitudes y orientaciones emocionales fundamentales, se "cristaliza" durante los primeros años de desarrollo.

El estudio de las pautas de crianza ha fomentado también el análisis del "carácter nacional". Se asevera que si la mayoría de las unidades familiares de una sociedad practican pautas de crianza similares durante la niñez; si bregan de la misma manera con áreas vitales de la conducta, tales como la agresividad, el sexo, las emociones, la autoridad, etc., es muy probable que al llegar a adultos estos individuos socializados de esta manera compartan entre sí valores-actitudes y complejos psicológicos similares. Por ejemplo, si los padres son "autoritarios" en la interacción con sus hijos, éstos estarán orientados como adultos a estructurar las relaciones con los demás en términos del "que manda y el que obedece". Los individuos pueden reaccionar frente a personas con "status superiores" como lo han aprendido en sus relaciones con los padres. Inconscientemente, símbolos de autoridad tales como el líder político, el sacerdote, el profesor, el supervisor, el capataz, serían confundidos con la figura de los padres. Estas personalidades "autoritarias" supuestamente preferirían actuar dentro de estructuras sociales y políticas autoritarias. Líderes políticos fuertes y dominantes serían

<sup>31</sup> Kardiner, Abraham, *Op. Cit.*

más "atractivos" psicológicamente que aquellos que no posean estos rasgos de carácter.

Desde luego, los proponentes de estas hipótesis conceden que tales fenómenos se darían con mayor frecuencia en sociedades estáticas y sencillas. La situación sería muy diferente en sociedades complejas, compuestas de diversos estratos socio-económicos y variados grupos subculturales. Admiten también que cambios en las estructuras económicas y demográficas pueden conllevar cambios importantes en las pautas de crianza y en el impacto relativo de la familia como mecanismo socializador. En sociedades "pos-industriales", por ejemplo, otras instituciones, tales como la escuela, la televisión y el cine, los grupos de pares (peer-groups), contribuyen cada día más al proceso de socialización. Sin embargo, se afirma que los componentes básicos de la personalidad son muy resistentes a las presiones impuestas por el cambio y la movilidad social.

Estudios posteriores sin duda ayudarán a aclarar cómo el cambio social y económico la industrialización, la urbanización, los aumentos de la población, la burocratización, la masificación de los medios de comunicación, el impersonalismo en las relaciones humanas dentro de las organizaciones formales, la gradual desaparición de la "vida comunal", la intensificación de la propaganda ("control de las masas mediante el uso de estímulos irracionales, tal como se da en el comercio y en la política), etc., afectan la relación que se da entre el individuo y la sociedad.

Obras como las de Fromm,<sup>32</sup> C. W. Mills,<sup>33</sup> Nisbet,<sup>34</sup> Kornhauser,<sup>35</sup> Lipset<sup>36</sup> y otros (muchas de estas obras parten de los trabajos clásicos de John Stuart Mill,<sup>37</sup> Alexis de Tocqueville,<sup>38</sup> y Ortega y Gasset),<sup>39</sup> pueden ser de gran relevancia en esta labor. En estas obras se brega con los fenómenos de 'enajenación' y 'masificación'. Supuestamente, los individuos se "pierden" dentro de la sociedad industrial moderna. Los instrumentos técnicos y organizacionales creados por los hombres en sus esfuerzos por resolver algunos de sus problemas, se han convertido en poderosas fuerzas dominantes muy poco susceptibles al control por el individuo promedio. El hombre moderno se siente

<sup>32</sup> Fromm, Erich, *Op. Cit.*

<sup>33</sup> Mills, C. Wright, *White Collar*,

<sup>34</sup> Nisbet, Robert, *The Quest for Community*, Oxford University Press, 1953.

<sup>35</sup> Kornhauser, William, *The Politics of Mass Society*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1959.

<sup>36</sup> Lipset, Seymour Martin, *Political Man*, Anchor Books, Doubleday & Co., Garden City, New York, 1963.

<sup>37</sup> Mill, John Stuart, *Ensayo sobre la libertad*, Aguilar, Buenos Aires, 1954.

<sup>38</sup> Tocqueville, Alexis, *Democracy in America*, Vintage Books, New York, 1954.

<sup>39</sup> Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, *Op. Cit.*

aislado y desamparado frente a las instituciones impersonales de la sociedad industrializada, burocratizada y urbanizada. Esta soledad, o aislamiento, supuestamente genera angustia y 'miedo', estados psíquicos que orientan al individuo hacia la búsqueda de soluciones irracionales a sus problemas. El individuo enajenado se siente atraído por movimientos de carácter totalitario. Tal condición pone en peligro los logros democráticos de algunas sociedades. La vida con sentido, y el desarrollo máximo de las potencialidades positivas del hombre, no son realizables en un clima psicológico-social de esta naturaleza.

### *Conclusión y resumen:*

No hay duda que los descubrimientos antropológicos y sociológicos, junto a las profundas observaciones psicoanalíticas han ayudado significativamente a aclarar la relación que se da entre el individuo y la sociedad. Sin embargo, pocos pensadores modernos versados en ambos movimientos aceptan incondicionalmente las hipótesis de un lado u otro. Freud y los psicoanalistas se acercaron mucho a la "verdad", pero igualmente lo hicieron los antropólogos y sociólogos. Las aparentes contradicciones entre ambas posturas teóricas probablemente se deben a los puntos de partida de cada movimiento: Los psicoanalistas se preocuparon casi exclusivamente por la personalidad individual, mientras que los antropólogos y sociólogos estudiaron predominantemente la cultura y la sociedad.

De los pensadores psicoanalistas se ha aceptado la hipótesis de que el hombre es una entidad dinámica. El individuo, no importa el contexto socio-cultural a que pertenezca, manifiesta en la interacción social un número de tendencias psíquicas similares. El hombre es plástico, pero no es infinitamente plástico. Algunas de las pautas culturales o presiones sociales generan cierto grado de frustración. Como consecuencia, surgen tendencias psíquicas compensadoras. La sociedad no puede hacer del hombre lo que desee. Existen límites a la influencia moldeadora de la cultura. Ciertas tendencias irracionales, algún grado de neurosis, el uso de "mecanismos de ajuste", y otras desviaciones psicológicas son experimentadas por la mayoría de los individuos en todas las sociedades.<sup>40</sup>

Por otro lado, hay que admitir que no todos los contextos socio-culturales son igualmente frustatorios. La "vida es más dura" en unas

<sup>40</sup> Para una buena defensa de la teoría psicoanalítica véase *Eros and Civilization*, de Herbert Marcuse, Vintage Books, The Beacon Press, New York, 1955.

situaciones que en otras. Igualmente, se dan sociedades y épocas históricas que son más limitantes que otras. Además, en sociedades complejas los valores, las pautas de conducta, las condiciones dentro de las cuales se da la interacción, las relaciones de poder, las restricciones de carácter moral, y otras variables sociológicas casi siempre varían de estrato a estrato, y de grupo cultural a grupo cultural.